

# LAS IDEAS SOCIALES Y POLITICAS DE RAMIRO DE MAEZTU

Para el doctor Montaño, como a Heredia, la importancia histórica del parque radica en que constituye un espacio protegido de gran belleza natural, que sirve de refugio para la conservación de flora y fauna y que es un espacio que permite la realización de las actividades de recreación y deporte que se llevan a cabo en el parque.

Salvador M. Dana Montaño

Profesor Titular Consulto de Historia de las Ideas Políticas.  
Santa Fe, San Martín 1879, piso 12.  
República Argentina.

Ramiro de Maeztu, según dice Vicente Marrero, que prologó la reedición de "Hacia otra España" que dio a conocer Rialp de Madrid en 1967, representa "la superación de lo que en el fondo significa el espíritu del 98" y nos habla de "su afán por perfilar un ideal que se confunda con las mejores esencias de su nacionalidad", "capaz de entusiasmar al pueblo español". Y el mismo Maeztu, años más tarde, respondiendo a ataques de Azaña, dijo que "la tradición es el fundamento del progreso". Su crítica, en efecto, la de su mocedad, iba dirigida contra los usos y costumbres de su tiempo, que es lo que mueve las verdaderas revoluciones nacionales, es decir, promover una *regeneración* y no, una *restauración*. Su crítica no puede simbolizarse, con justicia, por la piqueta demoledora, sino más bien por la cuchara que reedifica, conforme a los planos originales y primigenios. Así lo dice también en las "dos palabras" que precedían esta obra de su talento juvenil: "Yerran cuantos busquen en este libro un plano detallado de los cimientos en los que ha de asentarse la nueva España. Yerran igualmente los que nos pidan la fórmula de la *rehabilitación*". "Mi proyecto es otro". Como en una película, quería mostrar "el aspecto ruinoso que ofrece la patria y los ideales heredados", vale decir, la tradición nacional. Por eso hemos dicho *regeneración* y no, *restauración*.

En el mismo lugar, Maeztu destacaba la importancia histórica del período en que escribía: el momento en que España había perdido sus posteriores colonias, preocupábanle entonces "las causas y el alcance de estos hechos". Su esperanza, al hacerlo, estaba puesta "en un pueblo más grande", en lo material, y "en un renacimiento intelectual", en lo espiritual.

— I —

El libro que comentamos se compone de artículos escritos por el joven Maeztu, éditos unos, inéditos otros, reunidos en tres partes: I - Páginas sueltas; II - Las guerras; y III - Hacia otra España, que da título a la obra.

El primer artículo versa sobre la educación española contemporánea. En él señala el fracaso de los universitarios de su tiempo. Se preguntaba si no era explicable su odio contra los ateneos y las universidades y contra los títulos académicos, que "en resumen" habían producido solamente "una juventud frustrada, perdida sin re-

medio". Agrega que sólo conocía dos excepciones: la de un compañero que había hecho fortuna, dejando su carrera para ir a fabricar ron a Cuba, y la de otro, que fabricaba zapatos.

El segundo se ocupa de los hombres de la prensa y de la "gente de letras", que da título a este artículo. Aquéllos pasaban trece horas, en el café, que es su oficina, de las quince a las veinte y de las veintidós a las seis de la mañana. Son de quince a veinte muchachos que escriben y que pertenecen a lo que podría llamarse "la aristocracia intelectual", que murmuran de un contertulio ausente o hacen de un "calembour", mientras aguardan la llegada de "El Nacional", que es "el proveedor habitual de la comidilla de todas las tardes". ¿Cuándo leen? ¿Cuándo piensan?". La prensa no se ocupa sino de noticias sensacionales, de catástrofes. "Ella —dice M.— ha precipitado la guerra actual. Es un vampiro que engorda de las catástrofes". A su juicio, "la culpa no es del periodista, que en su labor precipitada, no puede ni discurrir ni darse cuenta del alcance de lo que escribe... El delirio alcanza a todos". "La culpa es de los mismos literatos", añade, refiriendo a los verdaderos hombres de letras, que halagan a los periodistas para merecer un comentario favorable de sus obras!... Maeztu pensaba que a ellos debía corresponder "la suprema dirección del país, que no consiste en el gobierno del Estado, sino en la elaboración del pensamiento nacional". El porvenir pertenecía, en su concepto, a los diez mil hombres españoles que estudian en su casa, que trabajan y crean, y son desconocidos.

La formación del pensamiento nacional y su actualización, en efecto, desempeña a nuestro juicio una importante función institucional, reservada a la inteligencia y, en primer lugar, a la Universidad del Estado, pero este "poder intelectual" no figura para nada, ahora como entonces, allá y en nuestro país. Ramiro de Maeztu decía que era hora que esos pensadores desconocidos salieran a luz, antes que los gobernantes improvisados e inéditos hundieran a la Nación.

En el tercer artículo, titulado "Parálisis progresiva", escrito en abril de 1897, dice que ésta era la calificación que "El Liberal" daba a la enfermedad que a la sazón padecía España. "Así se explica la espantosa indiferencia del país hacia los negocios públicos, la abstención del cuerpo electoral, el desprecio de los lectores de periódicos hacia el artículo político, la sola lectura del telegrama y de la gaceta, como si, roto el cordón umbilical entre la Nación y el ciudadano, cuantos fenómenos afecten a aquélla no interesaran a éste de otro modo que la ficticia trama de una comedia al público

de un teatro". Este tremendo fenómeno cívico, que hemos calificado hace tiempo de "caquexia cívica", es resultado del desengaño y de la incredulidad sobreviviente en los ciudadanos, por las promesas preelectorales, los procesos electorales y la incapacidad de los gobiernos surgidos de ellos, la incapacidad de los políticos profesionales y la venalidad y corrupción de los gobernantes. La parálisis intelectual se reflejaba, según M., en las librerías atestadas de volúmenes sin salida, en las cátedras regenteadas por ignorantes profesores interinos, en los periódicos vacíos de ideas y repletos de frases hechas, "parálisis bien simbolizada por esa Biblioteca nacional en donde solo encontré ayer a un anciano tomando notas de un libro de cocina...". Para ella no había otra perspectiva de curación que "una juventud universitaria sin ideas, sin pena ni gloria, tan bien adaptada a este ambiente de profunda depresión, que no parece sino que su alma está en el Limbo: ni siente ni padece". Finalizaba este artículo aconsejando enterrar alegremente a esa España que agonizaba, cuando apuntara otra España nueva. ¿Qué esperanza de mejoramiento hay en nuestro propio país, donde los signos son ahora igualmente negativos, como los de la España del 97, con universidades donde los interinos son mayoría, y además, improvisados e inéditos, y la juventud se preocupa más por el precio del cubierto en los comedores universitarios que por los planes y programas de estudios?

No es esta la primera ni la única vez que R. D. Maeztu critica a los profesores interinos, que, por lo visto, abundaban en la España de fines de siglo, como en la Argentina de 1980. Por lo menos en otras oportunidades, como veremos más adelante, deplora Maeztu "esas universidades de profesores interinos", "esas universidades, cuyos claustros de profesores interinos deben sus cátedras al favor oficial"...

Comentando "las quejas de Raventós", que era un labriego honrado que se lamentaba de que "las gentes se encierran en su egoísmo y cuiden aisladamente de sus negocios, sin parar mientes en que así llegan los desastres sociales", R. de M., en un artículo que lleva ese título, descubre que, la causa de esa apatía en la defensa de los respectivos derechos e intereses de su clase, radica en que ni los gobernantes, ni los escritores o intelectuales, ni el cuerpo electoral ni los mismos catedráticos conocen su oficio, y los deberes sociales de su categoría o estamento: ¿Acaso no constituye una minoría insignificante el número de industriales y de obreros, de profesores y de comerciantes que dominan su profesión?... ¿No significa nada la postración científica de la Nación?... Quizás fuera otra

la enumeración que entonces hacía, si hubiera conocido el avance actual del sindicalismo y la empeñosa defensa que los trabajadores hacen de sus intereses y derechos sectoriales. A su juicio, no había más que dos clases o razas de hombres: los que conocen su oficio y la de los que los desconocen. En España, por una lamentable inversión de las tablas de los valores sociales, había prevalecido, erigiéndose en directora y dominadora, la raza de los inútiles, de los ociosos, de los hombres de engaño y de discurso, sobre la de los hombres de acción, de pensamiento y de trabajo, que era precisamente la única digna de conservar la vida nacional y de perpetuarla". Aclaraba que no se refería solamente a la política, "en cuyos puestos preeminentes no se encuentra media docena de talentos verdaderos"; se refería a todas las actividades nacionales, en las que había infiltrado profundamente el sistema de la recomendación", ¿significa otra cosa —la recomendación que la derrota de la superioridad legítima y segura de sí misma? Alá y entonces la kakistocracia derrotada por ese procedimiento innoble a la meritocracia. El efecto de este sistema alcanza en nuestra América a la estabilidad misma de las instituciones republicanas, como lo hemos señalado en nuestra obra "Las causas de la inestabilidad política en América latina", (Maracaibo, Imp. de la U. del Zulia, 1966, pp. 52 y ss.). Concluye M. diciendo: "De todas las desgracias que pudieran aconceder a un país es la mayor, sin duda, el reconocimiento de los falsos valores sociales, la libre circulación de la mala moneda" Esa es también y ahora la desgracia argentina, como lo era la española; nuestra actual ruina, como la de España finisecular.

En un artículo titulado "La propaganda del crimen", M. se ocupa del sensacionalismo periodístico, enunciando para demostrarlo una docena de títulos sobre crímenes, aparecidos en el mismo día en un solo periódico. Lo grave era que no se trataba de un solo diario, sino de todos ellos, cuya fruición en familiarizar a sus lectores con el espectáculo del crimen era penosa: "La mitad de su texto se dedica a tan triste objetivo". Y terminaba diciendo que "ese demonio de la perversidad que, a todos los hombres, aun los más santos, hace soñar, por lo menos, en resolver sus conflictos por los medios violentos". No existían todavía la radio y la televisión, pero ya se esbozaba un fenómeno que aqueja a muchos países, el nuestro entre ellos; que se puede contar, a aquéllos sin duda, como uno de los ingredientes de la criminalidad y del terrorismo que nos aflige.

En el artículo titulado "El himno boliviano", contrasta la exaltación de la libertad en las canciones patrias hispanoamericanas con

la realidad política de esos países, desgraciadamente no pocas veces, con frecuencia, tiránica o dictatorial, que desconoce a menudo la fraternidad que se canta, especialmente en tiempos de "revolución"; y en el que se titula "El César en París", destaca la contradicción de un pueblo libre, cuna de la Revolución liberal burguesa, que aclama a un déspota como aquél. "La causa de esta idolatría —termina— está en el mismo carácter de la raza (latina): nuestra raza latina de los cónsules y de los césares". Cien años de lucha por la libertad no habían logrado liberarnos. "Cantamos las Cortes de Cádiz y el París de Víctor Hugo, pero nuestros cánticos se acallan ante el esplendor de un uniforme".

A continuación, en otro artículo, titulado "El desarme", señala el contraste entre el armamentismo de las democracias norteamericana, francesa y suiza, y la política del citado César, que proclamó lo que Unamuno llamó "guerra a la guerra, pero siempre guerra", al buscar la paz con Inglaterra. "El edificio de nuestras ideas se desploma, dice M. Nuestros abuelos simbolizaron la democracia con la balanza de la justicia... En la filosofía actual, paz y democracia, guerra y despotismo, son conceptos inseparables, palabras que responden al mismo pensamiento", y termina diciendo: "¿No será cosa de preguntarse si la centuria que agoniza ha transcurrido, pugnando en vano por ajustar los hechos a una filosofía preconcebida, en lugar de derivar la filosofía de la sucesión aleccionadora de los hechos?".

Comentando el "pan y circo", instrumentos de los gobiernos demagógicos y populistas, R. de M., bajo el título de "De fiesta", dice: Cuantos padecen han menester del pan de la esperanza. Y el pan de la esperanza son esas pobres combatidas fiestas". "Conozco la mentira que se oculta en esas promesas del placer a plazo fijo". "Las esperanzas constituyen la única fortuna (de las muchedumbres). ¿Con qué le pagaríamos caso de arrebatarlas?..."

## — II —

Por razones de brevedad, y por considerar secundarios en importancia, para esclarecer su ideario social y político, omitiremos una referencia detallada a los artículos que forman la segunda parte de este volumen, y nos dedicaremos a comentar la tercera, que es la que da su título: "Hacia otra España", sin duda la más importante o jugosa para conocer su pensamiento.

En "Lo que nos queda", R. de Maeztu nos desilusiona respecto a los llamados "hombres providenciales" y las esperanzas puestas en ellos por los pueblos. "Vana esperanza la de los escritores que confían en que surja repentinamente del desastre una pléyade de hombres nuevos y vigorosos, capaces de reconstituir, por arte mágico, la nacionalidad enferma y caduca". No se contaba, por entonces, en España, como en la Francia del 70, con "una universidad, en cuyos claustros se engendraban una ciencia, una crítica y un arte nuevos", entre otros factores positivos para la reconstrucción. "Llegó el desastre napoleónico, y de la universidad (francesa) salió el pensamiento director de una nueva organización del Estado, basada en la concurrencia general y en la absoluta libertad de crítica".

¡Qué diferencia con lo que ha pasado y pasa actualmente en nuestro país! No tenemos una universidad como la recordada de Francia. Por el contrario, de los claustros superiores nacen ideas restauradoras de la peor calaña histórica, como el rosismo, que es un torpe y criminal intento de la restauración del pasado colonial, y un movimiento estudiantil radicalizado hacia las peores tendencias de izquierda, donde se han reclutado los ideólogos del zurdismo y los directores de las nuevas misioneras criollas. Bajo su amparo se han introducido en las cátedras, por el mero favor oficial, esos profesores interinos, reclutados en el comité, que R. de Maeztu señala como uno de los factores de la crisis de su patria y de su tiempo. Existían, pese a ello, en su concepto, esas individualidades sensatas y energéticas, perspicaces y estimuladas por una noble ambición, que, en público y en privado, advertían a la Nación el gran engaño de que era víctima, así como las grandes enfermedades que la debilitaban, como lo venimos haciendo desde casi medio siglo, desde la cátedra, el libro, la mesa de conferencia, con gran escándalo y rabia de los enemigos de nuestra nacionalidad, que en 1931 opusieron a mi libertad de catedrático un "boycott" a mis clases por haber señalado la irreductible oposición entre la República consagrada por nuestra ley fundamental y el comunismo. Maeztu dice que esos hombres, en su patria, eran pocos y estaban desparramados, y que mañana serían más y se organizarían, agrupando en torno a sí la clase trabajadora; con lo cual saldría otra España más noble, más bella, más rica y más grande. Nosotros los argentinos, a juzgar por los signos que el gobierno popular y el sindicalismo en que se apoya nos ofrece, debemos desesperar de este apoyo, que no tolera a las individualidades destacadas y trata de eliminar o de alejar a todo lo que se opone a sus chatos y sectoriales designios. Por esta razón,

para recuperar el tiempo perdido en estos ciento veinticinco años de descuido y abandono total de la formación cívica y política, que debe comenzar en la escuela primaria y culminar en las universidades, es urgente e imprescindible emprender esta tarea, para enderezar los espíritus y corregir las desviaciones que en la mente y en los corazones de nuestros jóvenes han producido más de un siglo de laicismo y agnosticismo políticos. Esta debe ser la tarea inmediata para contar con el "hombre nuevo" que las circunstancias reclaman. La universidad debe preparar los ciudadanos y dirigentes políticos, de que carecemos, para llevar a cabo la gran política regeneradora que en su hora inició la ilustre generación de los proscriptos, destinada a mantener verdes los laureles de Mayo y de Caseros, con la misma fe de la generación de 1837 y de 1852.

En un extenso artículo titulado "La prensa", M. nos habla primero, de su delito; segundo, de los diarios madrileños y de la vida racional, y tercero, de los periodistas y de la política. El "crimen de la prensa", a su juicio, consistía, no en haberse equivocado al juzgar belicosa a la Nación, sino en un absoluto incumplimiento de algunos de sus deberes, especialmente del deber de información. Aclaraba que se refería a la información meticulosa, imparcial, digna, con que la prensa de otros países ilustra a la opinión respecto de los asuntos que afectan a la vida nacional. "Ese delito pasa a ser un crimen con la reincidencia constante y sistemática". En la segunda parte de este artículo, Maeztu analiza los titulares de un diario local, leído, independiente, y se lamenta de su contenido. No dedicaba una sola línea a asuntos serios, como el presupuesto, los negociados, los cargos inútiles, la reducción de gastos, etc. Hasta el problema de la educación parecía cosa vedada a los periódicos madrileños. Contrastaba con la preocupación de los diarios franceses, que se ocupaban de un sistema educativo que tendiera a crear hombres libres y no, ciudadanos de invernadero. Tampoco se había dado cuenta de la cuestión separatista catalana. "No parece sino que la vida nacional le es completamente extraña". "El peligro es tremendo —concluía—; la muerte del periodismo madrileño es la muerte del espíritu nacional".

En la tercera parte, por último, refiérese Maeztu a "la ceguera de los periodistas madrileños", frente a las grandes cuestiones políticas. Lo atribuye a "la finalidad política de la carrera periodística", expectante siempre del favor que, como retribución, aguarda de algún compañero que alcanza un buen destino. "Los periódicos no dejan de advertir que la Nación se les ha escapado de entre las

manos". "El mentís de la realidad a las previsiones de la prensa y el estado actual de la opinión desorientan a nuestros periodistas". "Ya no ansían reformas en el bachillerato ni en la Facultad. Estiman más conveniente la suspensión de institutos y universidades, para que desaparezca este excedente de profesores sin alumnos, literatos sin público, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos; etc., que pesa sobre los hombros de los que trabajan". En lugar de bregar por un Estado-providencia, luchan por un Estado-empresa... En resumen: la Nación no quiere mejor política; anhela el fin de cuanto hasta aquí se ha entendido por política". A pesar de ello, asignaba gran importancia y trascendencia social a la buena prensa. "El dilema —concluía— está planteado: o nuestro periodismo se reconstituye con elementos nuevos o morirá con lo nuevo, con la política menuda, con el romanticismo patriotero, con el género chico de los cenáculos y de las tertulias".

¡Cuántas enseñanzas y sugerencias útiles hay en estas profundas y fundadas opiniones e ideas del joven Maeztu, no sólo para su país y para su tiempo, sino también para nosotros, en la actualidad que padecemos!

En "Contra la noción de la justicia", que es el último de los trabajos que integran esta recopilación, después de abordar algunos asuntos estrictamente peninsulares, como el de la meseta castellana, la asamblea de Zaragoza, el separatismo peninsular y la hegemonía vasco-catalana y las dos marinas, Ramiro de Maeztu expone cómo trabajan los pensadores nuevos y cómo se hará la nueva España que él postulaba. En primer término, defiende a la juventud española, afirmando que no toda ella está frustrada. Hay otra, a la que declara pertenecer, que lucha cara a cara, trabajando en labor trascendente. Deplora que a quien se dirige no vea esa juventud, que es la verdadera, la que luego "se hará hombre". En la segunda parte de este artículo, que dedica a Don Joaquín Costa, Maeztu comienza diciendo que la noción equivocada de lo justo, a tal punto ofusca el pensamiento que España entera creía imposible la obra de hacer patria, sin que previamente se realice una matanza monstruosa. Aunque sea triste recordarlo, muchas veces he oído este mismo concepto aquí y ahora. Alude luego a la repentina fama lograda entonces por el señor Costa, hecho que, a su juicio, no era milagroso, pues su voz se alzó en el momento crítico en que la Nación necesitaba oír a alguien, cuando la violencia del desastre hizo mirar con angustioso espanto el porvenir a los españoles. Y lo hizo en lenguaje sincero, señalando cual era "la nueva España". Y España

pensó: "¡He aquí a un hombre nuevo!". Maeztu dice que no lo era del todo: había en él la añeja levadura de la política romántica española. Le augura éxito, porque había muchos aspirantes a empleos. "¡Basta de utopías!... (dice M.). La España nueva no ha de hacerse por los gobiernos; no incumbe a la política, la capital empresa de mejorar la condición de nuestro suelo". "La explotación de esas riquezas corresponde a los hombres de negocio... Ellos han de explotarlas, señor Costa, sin acudir a la formación de otros partidos". "Gobierne quien gobierne, la administración pública española será corta de piernas y larga de manos". "Las clases conservadoras son las que pagan los derroches del Estado y de los políticos". Terminaba diciendo que no habría de ser inútil el esfuerzo del señor Costa, "porque no hay esfuerzo inútil". La conquista del pan, ese evangelio de la utopía anarquista, no ha logrado abolir el imperio de la ley y de la autoridad sobre los hombres".

Se iba hacia 'otra España', no por virtud del desengaño y de la derrota, sino por la fuerza misma de las cosas.

Tampoco habría de realizarse la ansiada transformación en beneficio de "la bohemia bien vestida que sale de la universidad".

Esa tarea correspondía a los escritores, a los pensadores, a los intelectuales. Y termina diciendo: "¡Que no estorbemos a los escritores! Que no sea obstáculo el ruin espíritu de la patria vieja para el advenimiento de la patria nueva!".

### —III—

#### LA IMPORTANCIA DE "HACIA OTRA ESPAÑA"

#### EN EL PENSAMIENTO DE MAEZTU

La recopilación de las ideas de R. de Maeztu que lleva por título "Hacia otra España", ocupa el volumen 2 de las Obras del mismo, editadas por Rialp de Madrid, bajo la dirección de D. Vicente Marrero. Pertenece al período de la juventud y es considerada como una obra fundamental dentro de su ideario. Comprende artículos publicados o escritos entre 1897 y 1900. El segundo período abarca los que escribió durante su estancia en Inglaterra (1905-17), entre los que se destaca, a nuestro juicio, "El ideal sindicalista", del cual in-

cientalmente nos hemos ocupado en "Jornada" al comentar una conferencia del prof. Fraga Iribarne sobre el autor. A la época de su madurez (1919-31) corresponden "La crisis del humanismo", "Liquidación de la monarquía parlamentaria" y "El problema nacional de enseñanza". Su posición ante la República está expuesta en "Frente a la República", "En vísperas de la tragedia" y en "El nuevo tradicionalismo y la revolución social", y corresponde al tercer período, "Ante el drama de España", que abarca los años 1931-36. Finalmente, el V tomo de las obras completas incluirá "Defensa de la Hispanidad" y "Defensa del espíritu", ambos ya publicados y otros más, hace mucho tiempo agotados.

De Maeztu publicó "Hacia otra España" en 1899, cuando tenía sólo 24 años. Más tarde, dijo de estas obras: "Todas sus páginas merecen ser quemadas, pero el título responde al ideal de entonces y al de ahora". "Yo también —escribió— quería entonces que España fuera otra y que fuese más fuerte; pero pretendía que fuera otra". No caí en la cuenta hasta más tarde que el ser y la fuerza del ser son una misma cosa, y que querer ser otro es lo mismo que querer dejar de ser". Estima Marrero que, entre "Hacia otra España" y la "Defensa de la hispanidad" —que marcan los extremos más significativos de la evolución de su pensamiento—, hay todo un proceso de conversión espiritual, que algunos se empeñan en no entender" (*loc. cit.*, p. 8). Esto correspondería —agrega el prologuista— a una "especie de adanismo o futurismo inmaduro, que se empeña en alcanzar el paraíso de una Patria nueva, partiendo de una inconformidad sustancial con la heredada" (*id.*, p. 9). ¿Nos alcanza a todos los argentinos de hoy este calificativo de Marrero, o a los que piensan y desean que la Argentina sea una "potencia" mundial?...

Lo cierto es —como destaca el mismo Marrero—, que Ramiro de Maeztu en su madurez se empeñara en explicar por qué no puede postularse una inconformidad sustancial con el pasado. Ello se completa con el repudio de la actitud que vive columpiándose en el pasado, sin tener en cuenta la realidad presente. "La palabra tradición —dice Marrero— supera en él el molde de los nacionalismos de la época y tiene un alcance tan universal como espiritual" (*ib.*, p. 10). Y el mismo Maeztu dijo luego: "En los pueblos, su ser moral se identifica con su historia".

De ahí el peligro de arrollar o desconocer la tradición, tras utópicas formas de gobierno, que olvidan la sustancia de la nación. Tales la libertad y la democracia *verdaderas*, que es la que

en nuestro país defendieron Moreno en "La Gaceta", Echeverría en "El dogma", Alberdi en sus "Bases" y, sin excepción, los "Padres" de nuestra nacionalidad. No hay que olvidar que la democracia, más que una forma de gobierno, es la esencia misma de toda forma legítima. No se puede hacer tabla rasa del pretérito. Hay que saber armonizar la tradición con el presente y la justicia. Quizás pudiera aplicarse a los jóvenes de hoy lo que de Maeztu decía de los de su tiempo: "Nosotros conocíamos el espíritu del tiempo, pero no el de la tradición, por ignorarlo".

Esto nos señala el deber de conocer bien nuestra tradición, para proceder actualmente en su consecuencia, conforme a los reclamos de la hora. Una Nación o un pueblo no pueden hacerse de nuevo, prescindiendo de lo que fueron. Así como un hombre maduro no puede suprimir la edad que tiene, sin suprimirse a sí mismo, un pueblo, un país, una Nación no pueden renegar o eliminar su pasado, so pena de devenir extraños a su ser moral. "Digo *su ser moral*, porque la historia es al mismo tiempo la génesis y depósito de todos sus valores, ya que no tienen propiamente historia sino los valores de los pueblos". Y agregó: "Suprimidos esos valores, quedan los hombres reducidos a la animalidad".

Al incorporarse a la Academia, en 1935, declaró que en su folleto de 1899 ("Hacia otra España"), estaba el pensamiento de 1934 ("Defensa de la hispanidad"). En el primero, recuerda Marrero, había una frase digna de ser tenida muy en cuenta para evaluar su ideario: "El descontento es el primer paso en el progreso de un hombre o de una Nación". Y, aunque Marrero asigna a aquél un valor "puramente documental", él es imprescindible para entender la problemática de nuestro pensador y las derivaciones lógicas del mismo.

Ese descontento general con los acontecimientos de que es testigo va unido a un espíritu de rebeldía, no conformista y simpático, digno de ser imitado por todos los hombres, jóvenes o maduros, que, como él, no puedan conformarse con lo que acontece en su Patria, como ocurre actualmente —y desde hace treinta años— al que esto escribe, que nunca ha estado afiliado a partido alguno. También era apolítico R. de Maeztu. Para él no existían los problemas de forma de gobierno, sino los de su contenido. Una y otra vez habría de destacar el valor y la trascendencia de la tradición. Ella era, para él, "el fundamento del progreso". Para nosotros es el permanente y más acuciante "proyecto nacional". "Por lo visto —dice— hacen falta

muchos años para aprender verdad tan simple". Su ambición, como lo dijo, "era hacer una *nueva España*". "Habíamos roto con la tradición nacional". Su mejor conquista espiritual fue superar el espíritu del 98. Y a fe que lo logró. A mediados de 1880, en un artículo titulado "Tradición y crítica", R. de Maeztu dijo: "Pugnan en la actual polémica el instinto tradicional con el instinto crítico" (p. 132). A su juicio, la verdadera fe se halla del lado del segundo. "Si el instinto crítico lucha contra los resabios del pasado, es porque cree en el porvenir".